



Una necesaria autocrítica

La vendimia del 2016 debe animarnos a revisar nuestro modelo y admitir defectos



LOGROÑO. Aún nos estamos frotando los ojos con las imágenes del final de la pasada vendimia. Los excedentes de uva, es decir, producciones por encima del máximo legal permitido, han hecho que sea difícil de olvidar las fotografías de viñas y viñas sin vendimiarse o con las uvas tiradas al suelo. La mayor presión del Consejo Regulador –cartas a viticultores, precintado de remolques, inspecciones, etc.– para garantizar el cumplimiento de las normas ha provocado que estas imágenes hayan tenido mucho más ruido mediático que otros años también excedentarios.

Curiosamente el Consejo Regulador ha definido la cosecha como «excepcional en cantidad y calidad», ya que «favorecida por una climatología inusual ofrece resultados muy satisfactorios». Todo esto es cierto, pero nada se dice de las uvas no vendimiadas ni de que muchas de las uvas que han entrado en las bodegas sean de la misma calidad que aquellas. Regular la producción de un viñedo en base a continuos aclareos de racimos no es una práctica que garantice la calidad, mucho menos cuando los racimos se tiran a pocos días de la vendimia. Y, por supuesto, no hay calidad cuando la producción se regula dejando viñas sin vendimiarse.

Como es sabido, en el contexto actual todos los viñedos de la DO Ca Rioja tienen regulada la misma producción máxima, independientemente de las características agronómicas de las parcelas y del destino de las uvas allí producidas. Este ha sido un buen año para constatar las limitaciones de esta norma, al igual que para evidenciar la necesidad de un cambio de modelo de denominación de origen. Cierto es que ya han co-

menzado a darse los primeros pasos, pero queda un largo camino por recorrer. Este cambio de modelo hacia una diferenciación de vinos, uvas y viñedos es una oportunidad para asentar las bases de una denominación de origen seria, rigurosa y creíble. En ello, debemos estar todos implicados y sólo será una realidad si creemos en ello firmemente.

No somos muy dados a realizar autocrítica, sino más bien a culpar a otros de todo lo que pasa: viticultores, bodegas e instituciones cometen muchas veces por ver quién echa más balones fuera. Debemos tener la capacidad de distinguir nuestros propios defectos para proponernos hacer lo mejor posible para que éstos no se sigan repitiendo.

En mi opinión, son varias las cosas que mejorar por parte de los que cultivamos y gestionamos viñedos: viticultores y técnicos debemos de ser conscientes de que, en el marco de la normativa vigente, con los precios de uva actuales, el cultivo del viñedo es rentable para el viticultor.

Debemos saber que intentar producir más uva de la permitida nos tra-

erá problemas y que, a medio y largo plazo, los precios bajarán para todos. Debemos saber en cuáles de nuestros viñedos se producen las mejores uvas, así como que en determinadas tierras, con determinados clones y manejo de viñedo, es prácticamente imposible producir lo establecido salvo tirando racimos al suelo.

Mejores profesionales

Debemos saber que cuando tenemos que realizar estos aclareos de racimos de forma sistemática algo está fallando en la gestión de nuestras viñas o de nuestro sector. Debemos saber poner en valor nuestras uvas para no sólo ser buenos produciendo, sino también comercializando. Por último debemos tener el objetivo de ser cada año mejores profesionales.

Medimos muy pocas cosas en los

«La diferenciación de vinos y uvas es una oportunidad para sentar las bases de una DO seria y creíble»

viñedos. Solemos basarnos mucho en la experiencia, en el 'ojo de buen cubero' y en nuestra intuición. Para ser mejores profesionales –en una viticultura con las exigencias actuales– es necesario disponer de datos objetivos que nos permitan comparar viñedos y años. No cuesta mucho conocer el número de racimos por cepa, el número de bayas por racimo u otras medidas sencillas que todo el mundo puede hacer. Con datos objetivos de nuestras viñas, este año echaríamos menos la culpa a las lluvias de septiembre y entenderíamos mejor lo que ha pasado para tener rendimientos tan elevados.

Una verdadera 'viticultura de medición', en la que sería deseable que se implicaran los servicios de Extensión Agraria a través de formación y fincas-control, nos permitiría a técnicos y viticultores generar un rápido y fiable conocimiento de nuestros viñedos. Este conocimiento objetivo tendrá que ser uno de los pilares del nuevo modelo de denominación de origen. Conociendo mejor nuestras viñas podremos adaptarlas u orientarlas a los niveles productivos que en cada caso permitan producir uvas equilibradas, eligiendo en qué nivel de calidad queremos operar dentro de la denominación de origen.

Seguro que así evitaremos que se repitan imágenes tan poco deseables como las de esta campaña con miles y miles de kilos de uva colgados en las cepas o tirados por los suelos.